

Era un día normal como otro cualquiera

Jordi Martí



Image not found.

Capítulo 1

EL MAL DE DANNY(O DE TODOS).

Estaban los tres chicos de seis años preguntándole a su maestro por qué existía el mal en el mundo. Esta pregunta, para unos tan difícil de contestar, al maestro no le sorprendió y les dijo a sus pupilos, los cuales le miraban con ojos desgarradores de curiosidad:

-Os contaré una historia-comenzó el profesor-...

“Era un día normal como otro cualquiera. El cielo despejado, dejando vía libre hacia nuestros ojos a los rayos solares.

La casa no era muy grande, pero tampoco muy pequeña. Lo justo y necesario para que Danny y sus padres vivieran sin ningún tipo de traba. Y así comienza la historia, con un niño de siete años llamado Danny, el cual volvía de la mano de su madre tras haber pasado un largo día en la escuela.

Entraron en la urbanización, donde la puerta tenía una pequeña enredadera y donde la caminata hacia la escalera que daba al portal estaba cubierta por pétalos de los cerezos en flor. Al bajar la escalinata que daba al portal donde vivía la familia había un hombre parado en frente de la puerta de acceso al mismo, oteando el marco de la misma y resquebrajando con el pensamiento las bisagras de oro reluciente, ya que habían sido repuestas hacía escasos dos días.

Era un hombre que debería de soportar sobre sus espaldas unos cuarenta y pocos años, con una barba descuidada, al estilo del capitán Haddock en las aventuras de Tintín. Era de color negro como el tizón. Los ojos eran cóncavos y negros, casi tan negros como la oscuridad misma de la noche sin estrellas ni luna. Las manos redondeadas, como le conviene a un personaje de su complexión. Desde la parte más baja de su esternón sobresalía una barriga prominente, como un deje prácticamente natural en la vida. Era calvo en toda la superficie craneal exceptuando un pequeño y poco sutil flequillo en el centro de la zona frontal en forma de avellana.

Después de pasar el último escalón y de ver a aquel hombre parado en frente de su hogar, Danny notó una ligera brisa gélida en su oído.

De lo frío que se había tornado el aire en una milésima de segundo a otro, al niño le comenzaron a pitar los conductos auditivos y percibió cómo iba perdiendo el equilibrio poco a poco.

Una vez que recuperó la consciencia, se encontró solo con el hombre al que había visto. Su madre ya no estaba y, aunque notaba una presión en la mano derecha, no vio a su madre.

El hombre estiró el brazo hacia la cerradura de la puerta con un movimiento lento y sigiloso. Danny fijó con la mirada aquel acto quedando en un estado de terror profundo.

El extraño, en lugar de dedos, disponía de unas garras. Eran afiladas y puntiagudas y en ellas se veía el reflejo de la luz chocante, gracias al color plateado de las mismas, como si estuvieran hechas de metal, de un hierro fundido en un volcán y enfriado en el Polo Norte.

El niño subió la cabeza hasta mirar la cara del hombre (o monstruo). El flequillo se había transformado en un tercer ojo. El párpado de este eran unos colmillos afilados como agujas de acupuntura. Cuando parpadeaba sonaba un rechine proveniente del roce de aquellas dagas. La boca se había vuelto oscura, mugrosa y con unas encías repletas de espuma verdosa como si padeciera de escorbuto o alguna enfermedad de estilo. Los dientes habían desaparecido, y en su lugar aparecían pequeñas cabezas humanas, retratos en miniatura de las víctimas de aquel monstruo.

La barba pasó a estar poblada por numerosas crías de cobras, las cuales, a cada exhalación del hombre; escupían una especie de veneno traslúcido. Al llegar al suelo el líquido, la piedra se corroía creando cierto humo con olor acre.

El personaje comenzó a girarse para mirar a Danny, a la vez que pasaba las garras por la puerta de cristal, rayándola y formando grietas en ella.

El desagradable ruido hizo que el muchacho se viera obligado a taparse los oídos. El ruido taladraba los oídos del niño como una espada entra en la carne de un caballero sin armadura.

Danny tenía los oídos sangrando, a pesar de haberse protegido. Le dolían. Le estaba atormentando la cabeza y, el dolor que sentía se le fue propagando por el resto del cuerpo. Primero se le tensaron los músculos del cuello, paralizando así la rotación visual, limitando así el campo de visión del muchacho a la única vista de aquella situación.

El dolor se iba extendiendo por el pecho, como un virus esparciéndose por los pulmones, acechando la continuidad de la respiración. El corazón martilleaba el tórax del niño con una fuerza de herrero.

El estómago comenzó a deshacerse en pedazos, náuseas y productores de mareos permanentes venían y se quedaban. Los huesos de las piernas se

resquebrajaron en finas láminas superpuestas.

Danny todavía era consciente de lo que estaba pasando. Sabía que, con sólo intentar mover un músculo, se le romperían las piernas.

Se quedó quieto mientras las garras del monstruo (u hombre) seguían desgarrando la estructura del edificio. Ahora rompía ladrillos por la mitad, dejando caer arenilla al suelo, como si fuera un reloj de arena que marcara el tiempo de vida de Danny.

Cada paso significaban dos segundos menos de existencia.

Los ojos del niño se dilataban cada vez más. Veía cada vez más nítida la imagen. Cada segundo, cada instante veía más de cerca la causa de su futura muerte.

Los ruidos de la naturaleza enmudecieron, sólo se oían los latidos del niño. El sudor comenzó a aflorar en la piel de Danny. Era un sudor frío, casi congelado; las gotas caían incesantemente como estalactitas, como si la sangre hubiera perdido todo el color rojizo que la caracteriza, palideciendo aterrorizada ante lo que estaba viendo.

Los ojos de las serpientes robaron el color de la sangre de Danny tornándose luminosamente rojizos. Las pupilas sangrientas de las mismas se clavaron en las pupilas azuladas del muchacho. Esto hizo a Danny responder de sí mismo y salir corriendo. Intento llegar a las escaleras que había bajado anteriormente con su madre, de la cual solo notaba la presión cálida en su mano derecha, como si le estuviera ayudando desde algún remoto rincón de ese sueño convertido en pesadilla. Cuando estaba subiendo el segundo escalón de los cuatro que tenía la escalinata, la suela del náutico del niño chocó levemente con el borde del mismo, haciendo así que, pese a que la fuerza de la colisión no había sido alta, el niño callera de bruces contra la escalera.

Sumido en un dolor punzante en ambas rodillas, así como en los codos, los cuales había apoyado para amortiguar la caída. Se miró atentamente las magulladuras que la caída había producido en su todavía inmaduro cuerpo. Sangraba por todos los lados por los que podía salir sangre los oídos habían empezado a sangrar más rápidamente a causa del pitido desgarrador que provocaba la cercanía de aquel monstruo.

El sobrenatural hombre aprovechó esta ocasión para abalanzarse sobre el niño. No había tenido prisa en alcanzarle en ningún momento hasta que Danny había intentado huir de sus manos metálicas. Estaba a tan solo dos centímetros de Danny, el cual podía escuchar las voces de las cabezas humanas. A causa de la cercanía, Danny pudo ver que estas cabezas eran, para gran desesperación suya, otros niños que habían caído en la maldición de aquel monstruo y que habían sido destinados a pasar el resto

de la eternidad sufriendo el mismo terror que habían sentido momentos antes de sus muertes. Le decían que huyera, pero que no huyera físicamente, sino que se abstrajera y pensara que todo eso había sido un sueño, simplemente eso, un mal sueño.

Danny únicamente tenía dos opciones: seguir temiendo al monstruo y su pestilente aliento reptil, o hacer caso a las voces de todos los que habían caído sumisos en esa pesadilla eterna.

El niño optó por la segunda salida. Cerró los ojos, respiró profundamente tres veces, con gran dificultad pues, aún queriendo olvidarse de aquel espécimen, sabía que estaba ahí, observándole a punto de devorarlo y convertirlo en alguna muela o algún premolar y situarlo junto algún otro niño durante el resto de la eternidad.

Le dolía el pecho y le costó coger la última bocanada de aire, pero se dijo a sí mismo

“Todo esto es imaginario Danny, estás con mamá volviendo del colegio, haz caso a esa gente, esto es sólo un mal sueño, solo un mal sueño, solo un mal...”

Y cuando abrió los ojos todo había vuelto a la normalidad, el monstruo no estaba, aunque sí que permanecía el portero limpiando el ventanal de la puerta del portal, mientras miraba preocupado a la madre del chico. Su madre le estaba cogiendo de la mano, con mirada atentamente preocupada porque su hijo había estado desmayado durante unos segundos y estaba tumbado en el suelo. Le dolía la cabeza, probablemente se había golpeado al caerse.

Los ojos llorosos de la madre, al ver que Danny recuperaba la consciencia se recuperaron pero llovían lágrimas de su rostro al de Danny.

-Todo está bien mamá-dijo el niño-. Vamos a casa.

Y con una sonrisa aliviada, la madre le ayudó a levantarse y se dirigieron hacia su portal.”

-Y así termina la historia niños, vosotros decidís cómo tomárosla, pero solo hay una verdad sobre el mal en este mundo-concluyó la historia el maestro, el cual veía las caras asustadas de sus alumnos, con las bocas abiertas de par en par y los ojos a punto de quedarse sin pupilas-. El

Único mal que existe en este mundo es el que creamos nosotros mismos con nuestra mente.